



❖ boletín informativo ❖

ASOCIACIÓN CULTURAL «AMIGOS DE MACOTERA»

Número 88

Ejemplar gratuito

Abril 2004

Por qué Charros

El agricultor y ganadero salmantino se distinguió muy antaño por su rudeza, por su indumentaria habitual y por su habla; y esta ideosincrasia peculiar llamaba la atención de visitantes, y era, además, motivo de vejaciones y chanzas por parte del mundo estudiantil y urbano. En su "Vocabulario de refranes", Gonzalo de Correas recoge este dicho: "Dios nos dé con quien riamos, y no sean hijos bobos y sandios (ne-cios) charros".

El término charro procede de una de las lenguas prerromanas, que se hablaron en España, y que dejaron su huella indeleble, primero en el latín y, en consecuencia, en el español. El vocablo "charro" significa basto, tosco, y lo vieron propio para motejar al típico campesino y ganadero salmantino. El gentilicio debió nacer en el campo de Yeltes y en el Abadengo, es decir, en la antigua tierra de Ciudad Rodrigo; de allí irradió por toda la provincia, adentrándose por las tierras de Salamanca, Ledesma y Alba. Los autores Gala y Galache definen al charro en estos términos: "Llamamos charro al salmantino cuyo traje consiste en gorrilla, sustituida hoy por sombrero de ala ancha y flexible, camión labrado que se abotona en el cuello con un botón afiligranado de oro o plata (este botón ha quedado como distintivo o insignia de los charros salmantinos), chaleco cuadrado con dos hileras de botones cuadrados de plata, chaqueta corta aterciopelada, calzón y media de peal, zapato de correa, botín de paño (en desuso) o botas de montar y cinto o media vaca, sustituida por la faja en la zona agrícola".

El traje era la manifestación externa más importante del charro; era su característica distintiva principal. El charro de la zona ganadera llevaba el cinto de media vaca, ancha faja de cuero rígida y charolada, pieza protectora, especie de coraza, usada por los charros ganaderos para protegerse de posibles cornadas en los tentaderos, herraderos o de las hembras con cría; en cambio, el charro agricultor solía llevar faja. Charros llamaban a los habitantes de la Charrería. La Charrería la configuran todas las comarcas salmantinas, menos la Sierra, el Campo de Peñaranda, la Guareña y la Ribera. Macotera no entra en la charrería de la mano de Peñaranda, sino de la tierra de Alba, comarca a la que pertenecemos hasta 1833. Desde hace mucho tiempo, "charro" ha ido perdido su acepción inicial, pues el hombre del campo ha cambiado plenamente sus formas y costumbres a bien.

Trabajaron en la fábrica de harinas

En el número anterior, *Rincones macoteranos* lo dedicamos a la fábrica de harinas del Corazón de Jesús. El espacio no nos permitió incluir todo el escrito: nos quedó en suspenso el apartado del personal que trabajó en dicha fábrica.

Personal de oficina: contables, el señor José Antonio y Gregorio Blázquez; **oficinistas**, Antonio Román, Antonio Armenteros, Jesús García Trigo, Ángel Walias, Marcelino González, Antonio García, Pedro Campos y Miguel Bautista. **Molineros**, Jesús García, Juan Antonio García, Antonio Pérez, Antoliano Pérez y Antonio Hernández. **Pinches**, Agustín García, Jacinto García, Antonio Labajos, Manuel Martín, Luis Hidalgo, Juan Hernández y Restituto Bóveda.

Chóferes, Claudio Sánchez, José Méndez, Juan Antonio Blázquez, Juan González, Pedro Guerras, Fabián Caballo y Francisco Zaballos. **Encargado**, Francisco González; **encargado de personal**, Agustín Bóveda; **encargado de recepción del trigo**, José Manuel Losada; **encargado de facturación**, Guzmán Jiménez. **Empacadores**, Juan González, Tomás González, Pedro Caballo, Restituto Bóveda, Francisco Jiménez y Pablo Nieto. **Mozos de carga y descarga**, Manuel Bueno, Higinio García, Antonio Hernández, Rafael Hernández, Gregorio Zaballos, Juan Bautista y Eugenio Sánchez. **Carreteros**, Indalecio Bautista, Juan Bueno y Elías Nieto. **Encargado de la granja**, Aquilino Sánchez. **Guarda de noche**, Manuel García. **Otros empleados**, Julián de la luz, Gregorio González y su hijo, Bibiano. **Cosedoras de sacos**, Rosalía la Marciana, Rosa Madrid, María Zaballos, Petra Hernández, señora Lucía, M^a Francisca Rodero, Francisca Zaballos, Rosario Bautista, Catalina Bóveda, Matilde Bóveda, Beatricina y María Sánchez. **Empacadoras de harina**, Manoli Bóveda, Gertrudis Bueno y Beatriz Sánchez. **Empleadas de hogar**, la señora María González y su hija, Agustina.

Posiblemente, quede alguna persona más, pero no la recordamos.

Cuentas del ejercicio 2003

Te informamos de las cuentas de la Asociación Cultural "Amigos de Macotera" del ejercicio 2003.

Ingresos

Por cuotas y colaboraciones especiales 3.568,66 €

Gastos

* De Boletines y franqueo 2.347,20 €
* Excursión a Segovia 98,19 €
* Charla Micológica (alquiler del salón del Ateneo) 335,00 €
fotocopias y notificación (sobres y sellos) 52,60 €
* Varios
Etiquetas 29,00 €
6 cintas de grabación 6,00 €
Folios y fotocopias 12,30 €
Misa del Gallo (sacristán) 25,00 €

Total gastos 2.570,29 €

Resumen

Ingresos 3.568,66 €
Gastos 2.570,29 €
Superávit 998,37 €

(En este ejercicio, ha habido 83 suscripciones nuevas y tres aportaciones especiales: una de 100 euros; otra, de 150 y una tercera, de 200).

NOTA

Sacar esta publicación cuesta un dinero y, por lo tanto, la debemos mantener entre todos; hay algunos receptores que se olvidan de ingresar su cuota, por lo que deducimos que no desean seguir recibiendo el boletín y, por consiguiente, respetamos su decisión.

Por otra parte, informamos a los nuevos socios que, cuando ingresen su cuota en el banco, no se olviden de poner sus señas para enviarles la publicación.

salvado, y se pagaba con una cantidad del mismo producto que se llamaba "la muela".

En nuestra calle, La Fábrica tuvo gran influencia. Nosotros crecimos a su alrededor. Y de una u otra manera, era un referente continuo para nuestros juegos, incluso, en nuestras casas, el mejor reloj que teníamos era el horario laboral de los turnos de los obreros. Así, era frecuente oír decir a nuestras madres: "son las tres porque acaban de subir los obreros", o "debe de ser la una porque acaban de bajar los obreros".

Sin entrar en consideraciones de tipo laboral, de convenios, etc, creo que fue una pérdida lamentable para el pueblo el hecho de que se cerrase.

Durante el resto del año, aparte del juego en las escuelas, los domingos y festivos nos entreteníamos con los mismos juegos y además teníamos el aliciente del baile en la Plaza Mayor. Como era público, aprovechábamos para jugar entre las mozas y los mozos y, de paso, pedíamos una propina al primo o al tío más generoso para comprarnos alguna golosina. Nuestro quiosco estaba en casa de Pericacha, allí mismo en la plaza. Sólo se compraba los domingos y festivos. Podíamos elegir entre pipas, palo dulce, regaliz y bolitas. El chicle "bazoka" llegó algo después. Casi siempre, al menos yo, compraba una perra gorda de pipas que Pericacha nos servía en aquel vasito de cristal que tenía más de culo que de vaso, y que, sin duda, muchos recordaréis.

Alguna vez se organizaba algún partido de fútbol de mayor transcendencia con el equipo "titular de primera". Este equipo de mayores, lo integraban entre otros: Javier, Enrique, Manolo Macuca (el hijo de Manuel Macuca, el pocero) que jugaba de portero, Sotero, Jamelín, etc. Contra Peñaranda siempre perdíamos y siempre salíamos a mal. Pero hubo un partido para los anales de la historia futbolística de nuestro pueblo. Al menos según las conclusiones que yo saqué. Se enfrentaba Macotera con los albañiles que habían hecho las "Casas Baratas". Tuvo una gran expectación, incluso femenina. Creo que, al final, nos ganaron. Pero lo que más me llamó la atención fue el defensa central de ellos que debía de ser el jefe y le pondrían en ese puesto para que no se cansase mucho. Lo cierto es que el buen hombre no estaba muy ducho en el juego o tal vez ya fuese la hora sexta para él; y cuando le llegaba el balón daba más patadas al aire que al balón. Era como si viese dos y diese al que no era. Recordando aquel partido supe por qué se habían caído las "casas baratas" tan pronto: veía dos ladrillos y ponía el que no era.

También había niños demasiado traviosos que se lo montaban por su cuenta y riesgo e interpretaban el ocio como fastidiar a los más débiles. Eran verdaderas moscas cojoneras. Hubo una temporada en la que les dio por ir a incordiar a D. Gorgonio (que vivía en la calleja que va a dar a la Calle Nueva, cerca de donde tenía Julián Panera la tienda), y al abuelo Morroncho (que vivía enfrente de mi peña El Arriero), que estaban bastante pachuchos y sus familiares les ponían detrás de una ventana que daba a la calle, para que se entretuviesen un rato. Hasta que llegó a oídos de los maestros y se cortó la malévol travesura.

Como estábamos en plena Dictadura franquista, los Carnavales estaban prohibidos. Sin embargo, en los pueblos, como toda la gente se conocía aunque se disfrazase, las autoridades hacían la vista más gorda y permitían que nos divirtiéramos un poco más de lo habitual, pero sin pasarse. Los niños solíamos ponernos los harapos más viejos que tuviésemos. Y nos pintábamos la cara con tizones. Con esos "disfraces" tan originales dábamos vueltas por el pueblo sobre todo para ver las gracias que hacían los mayores. Con eso y poco más, salíamos de la rutina de los juegos habituales y nos lo pasábamos bien.

Había algunos jóvenes que tenían tradición y fama por su buen humor y ocurrencias. Uno de ellos era mi vecino Juanancho, el hijo del tío Janancho, que no es que hiciese grandes alardes de humor, sino que sólo con su físico y cuatro muecas que hiciese, la gente se reía a mandíbula batiente. Aquí podríamos aplicar el dicho: "Más vale caer en gracia que ser gracioso".

Paco Fachenda y sus amigos también hacían sus numeritos. Un año, al orondo de Paco le pintaron los mofletes, le pusieron un gorrito, un chupetón en la boca y un sonajero y le pasearon en un "carretón" por todo el pueblo como si fuese un bebé. Fue el número del año.

No menos cómica resultaba la "Compañía" formada por el señor X (recuerdo perfectamente su fisonomía pero no su nombre ni el apodo; sé que vivía por Santa Ana), nuevamente el omnipresente Paco Fachenda y Cruz Panera. El espectáculo consistía en lo siguiente: el señor X, con la cara simiesca que Dios le dio, hacía de mona. Le tiznaban la cara, le ponían un saco atado alrededor del cuerpo y Paco la amaestraba evitando su agresividad sobre todo con el género femenino. Cruz Panera era el tercero en el empleo. ¡Señoras y Señores, la actuación va a comenzar! "Esta es la mona, anunciaban al unísono Cruz y Paco, la que se saltaba los corrales; la que se comía los conejos; la que se comía las gallinas; la que indomable era e indomable es". "¿Queréis que baile la mona?". Y el público, sobre todo el público infantil, con gran regocijo y risa, contestaba: ¡Síiiii! Y la mona comenzaba a bailar, mientras Paco tocaba las palmas y Cruz el "arnero" a modo de tamboril.

Este espectáculo tuvo gran éxito durante varios años. Pero un año se me quedó especialmente grabado porque vi un número carnavalesco que se salía de lo habitual. Una tarde de carnaval, en la esquina de Otilia, se juntaron Pedro Calores, padre, (con su inseparable bastón en la mano derecha, su cojera inconfundible y su potente voz), con sus amigos habituales. Venían cantado las clásicas canciones de esas fechas: "En la calle de Santana, Lolita del alma./ Dicen que no vive nadie./ Viven la luna y el sol, Lolita del alma./ Y el lucero cuando sale/...etc. La gente les aplaudía y participaba con entusiasmo. De pronto, se arrancó Pedro con una canción que yo no había oído nunca, y produjo cierto cuchicheo entre algunos de los asistentes despertando cierta curiosidad en mí.

Recuerdo que la canción decía así:

La vida del betunero/. La vida del betunero/.

Es una vida fatal/. Todo el día trabajando/.

Todo el día trabajando/. Y acostarse sin cenar/.

Pronto, pronto; pronto, pronto./ Se ha terminado ya/.

¡Cuántas vueltas no daría yo en mi cabeza a esta canción hasta que hallé el enigma del extraño cuchicheo de algunos! (Amigo Pedro; allá donde habite tu recuerdo, quiero agradecerle tu gesto. Con él demostraste que llevabas silenciada, que no silenciosa, en tus entrañas, la rebeldía joven de quien añoraba la paz, la justicia y la libertad. A ti, y a otros muchos como tú, os seguimos en el tiempo más jóvenes que anhelábamos lo mismo. Y que también cantábamos nuestras canciones porque nos salían del alma como a ti. Recuerdo: "Igual que el pino junto a la ribera, no nos moverán..." "L'Éstaca", "Al vent". Y tantas otras. Y aunque conseguimos la democracia, nosotros nos hicimos mayores y dejamos de cantar. Pero ya llegan más generaciones que siguen cantando como tú y como nosotros. Porque aquí, amigo, todavía queda mucha tarea por hacer...)

Francisco Sánchez Madrid

marisamartin@hotmail.com



Juan Pericaño

Madre o abuela de los Perican



Pablo e Isabel



Isabel, mujer de Juan Pericaño



Victoria, madre de Pablo e Isabel

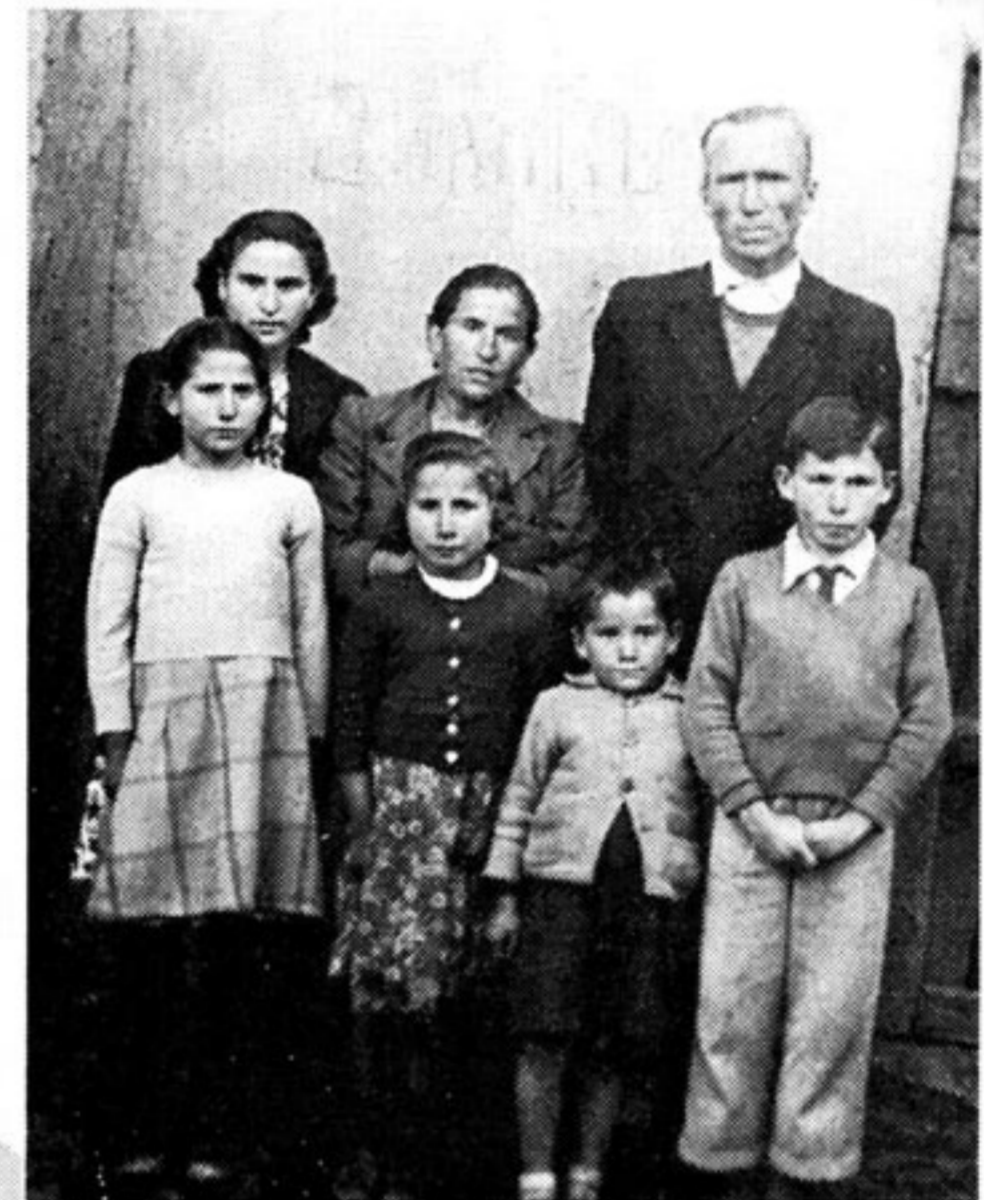
Familia Pericaño



Ricardo Confitero, su mujer e hijos, Luis, Francisco y Eufemiano



María Corta, con sus dieciocho añitos.



Familia de Galo Hidalgo



Juan y Encarna; Juan y Angustias; Isabel y Juan Antonio; Rosi, de non



Sobre el petril del estanque: Angustias, Isabel, Encarna y Rosi.

RUTAS PARA VIVIR

Medina de Rioseco: Los Tapetanes y El Pardal



Los lamentos de una saeta rasgan la noche quebrando el silencio. Ante los sobrios muros de la iglesia, las tenues luces de los nazarenos se unen a las velas del crucificado, que palpitan, luchando fatigosamente contra las tinieblas de la calle empedrada, para conseguir a duras penas las imágenes en movimiento que dibujan la tragedia y el dolor. Por un momento, la luna se asoma entre las nubes, que huyen despavoridas no queriendo ser cómplices de la escena. Unas palomas asustadas levantan el vuelo en una huida sin rumbo, para volver a la torre. Al final de la calle, los faroles de los penitentes nos pintan el cortejo, que, de nuevo, comienza a caminar...

Nos encontramos en Medina de Rioseco, la preciosa Ciudad de los Almirantes enclavada en Tierra de Campos, donde podemos admirar el esplendor de otras épocas.

Su pasado está fuertemente unido al de Don Alfonso Enríquez, que en 1405 fue nombrado por Enrique III almirante mayor de Castilla. En 1421, Juan II, en reconocimiento a sus servicios prestados, le concede el Señorío de Medina de Rioseco. Alfonso Enríquez lo convertirá en almirantazgo y mayorazgo para él y sus descendientes. A partir de este momento Medina de Rioseco vive siglos de gloria y prosperidad, siendo su mejor época la de mercadeo en el siglo XVI. El dinero fluye de tal manera que Medina es conocida con el sobrenombre de "India Chica". Se construyeron templos y palacios dándose cita la cultura, llegando afamados artesanos y arquitectos. En el siglo XVII, Felipe IV le concede el título de Ciudad, además de proyectar un canal navegable para Castilla.

La Semana Santa de Medina de Rioseco: Declarada de Interés Turístico Nacional, surge en el siglo XIII en las incipientes asociaciones gremiales, pero su mayor desarrollo se lleva a cabo en la época de esplendor, los siglos XV y XVI, bajo el poder de la familia Enríquez, que consigue privilegios reales. A esto se le une la llegada de los franciscanos, que aporta un matiz religioso en la sociedad de este tiempo. Muchos gremios practican beneficencia y actos penitenciales dando lugar a las primeras cofradías.

Al final del siglo XV, bajo el amparo de la orden franciscana y el auspicio de D. Enríquez, aparece la primera cofradía llamada de la Vera Cruz. Hacia el 1574 se crea la Cofradía de la Quinta Angustia y Soledad de Nuestra Señora. En 1598 aparecerá la de la Pasión de Nuestro Señor. Las cofradías construyen entonces capillas e iglesias para poder celebrar sus actos, en los que se representan escenas de la pasión, se celebran novenas y sermones.

Es tan grande el fervor popular, que las iglesias se quedan pequeñas, comenzando entonces los desfiles procesionales, que son manifestaciones penitenciales en las que los cofrades se disciplinan a la luz de las hachas. En la actualidad desfilan dieciséis cofradías con más de dos mil cofrades o hermanos, dirigidos por el Pardal, que es un cofrade que hace sonar la trompeta con toques sueltos organizando todos los actos, y los Tapetanes, con su continuado y sobrecogedor redoblar de los tambores.

Cómo llegar: Se encuentra a 40 Kilómetros de Valladolid por la N-601.

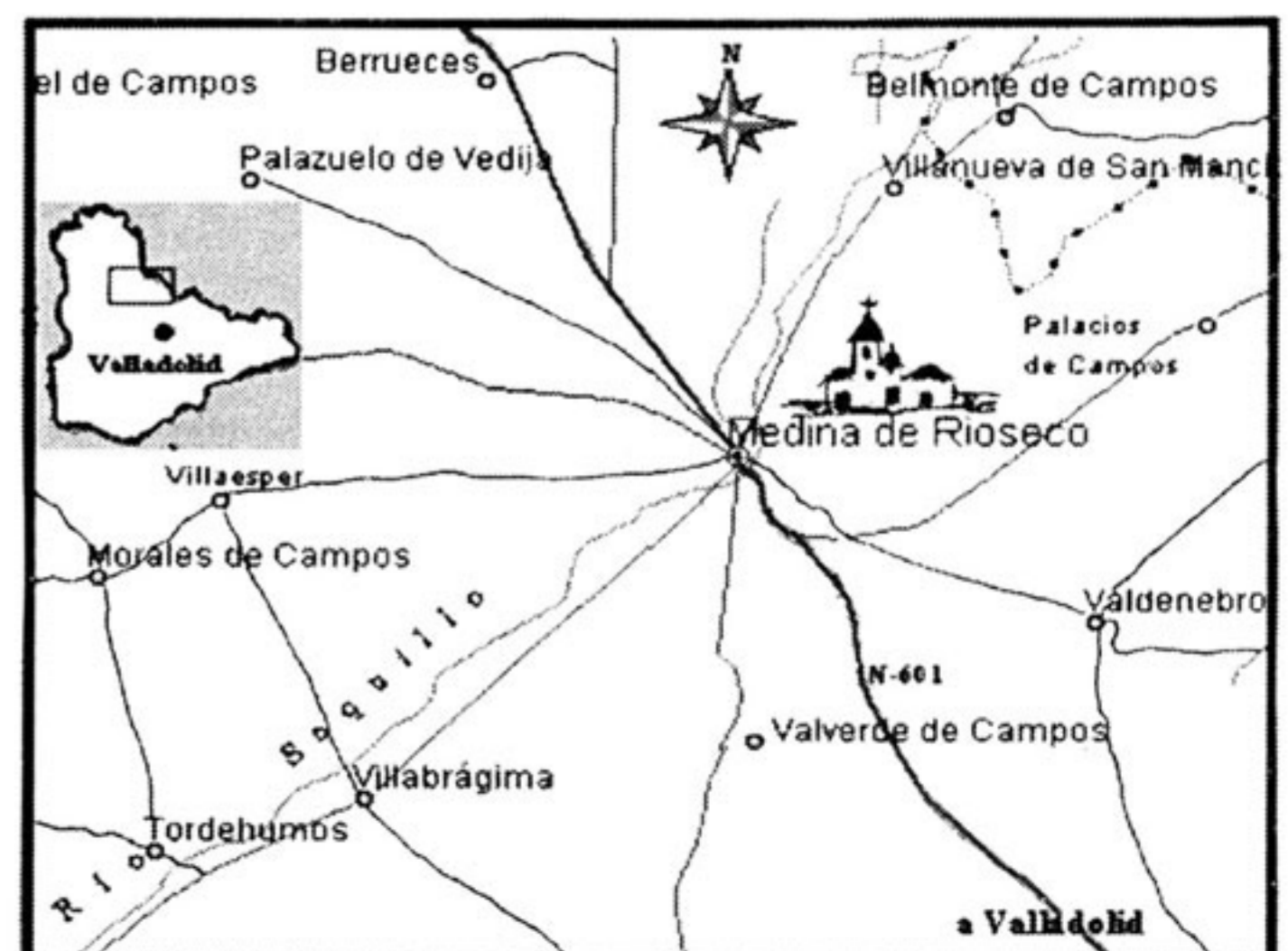
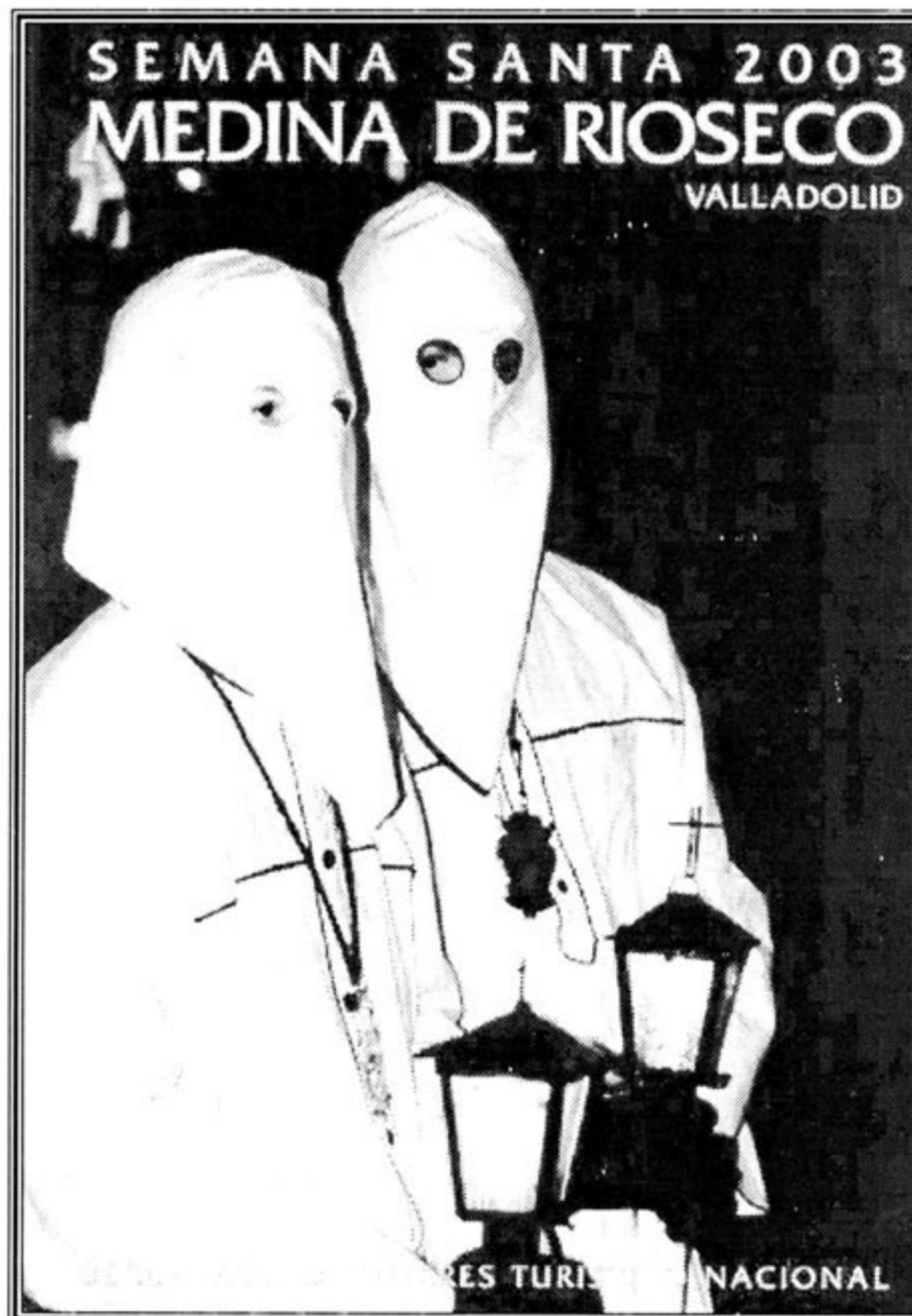
Qué hemos de ver: Nada más llegar a Medina, podemos contemplar las tres puertas de entrada que aún quedan de sus murallas. Al lado de la puerta de San Sebastián, veremos la dársena de atraque de embarcaciones del Canal de Castilla.

Una vez dentro de la ciudad, no podemos de dejar de participar de su impresionante y sobria Semana Santa, por tanto, hemos de visitarla en esta época para admirar sus procesiones. La imaginería se relaciona con el arte vallisoletano, sus imágenes se inspiran en obras de Gregorio Fernández y Juan de Juni.

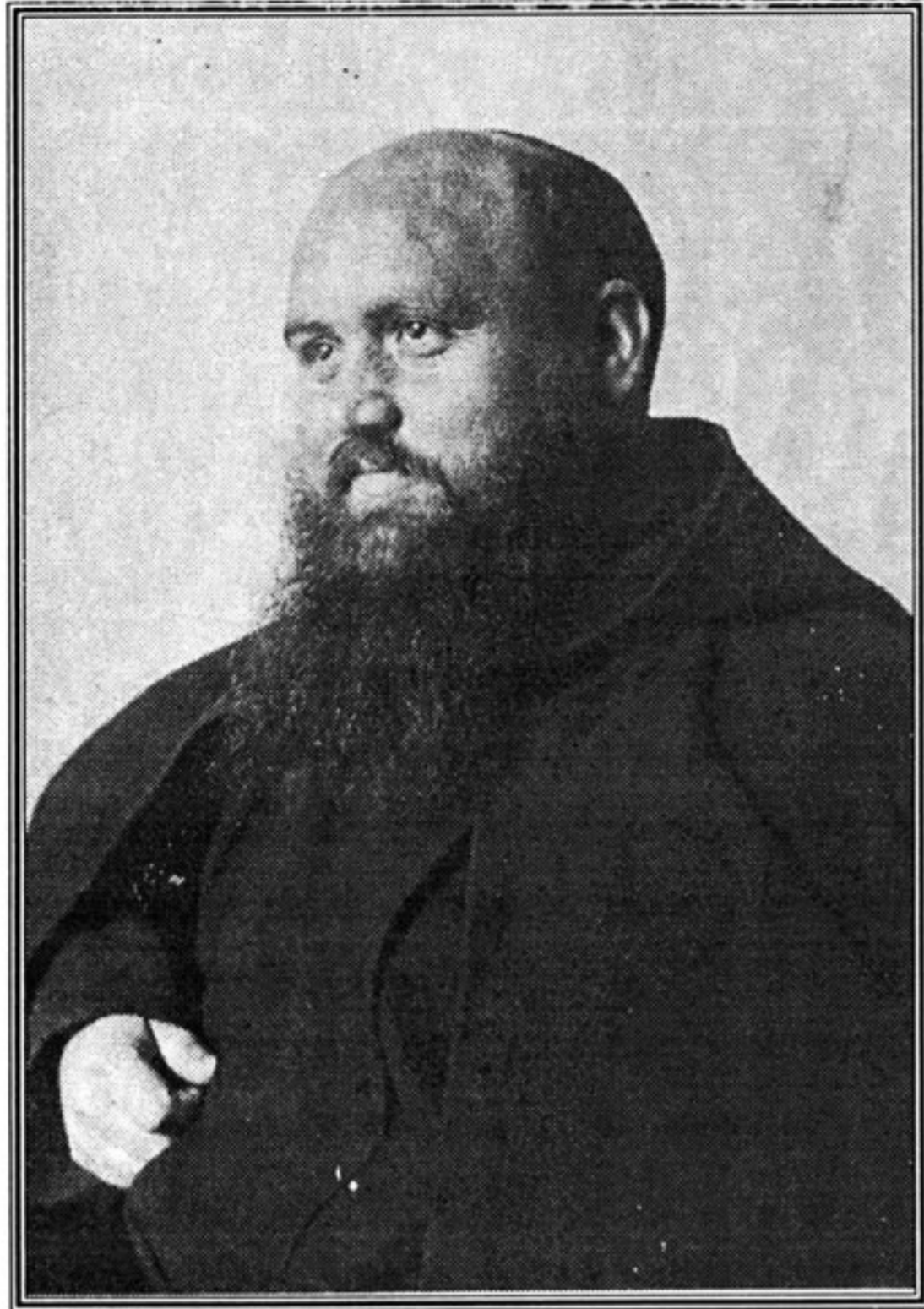
En los ratos libres hemos de aprovechar para ver todo el entorno, destacando su iglesia de Santa María de Medavilla, del siglo XVI y estilo gótico isabelino. Su capilla de

Benavente fue llamada la Capilla Sixtina del arte castellano por su retablo de Juan de Juni. Otra joya a visitar es la iglesia gótica de Santiago, trazada por Gil de Ontañón, en la que destaca su retablo mayor de estilo barroco. En la iglesia de La Santa Cruz se encuentra el Museo de los Pasos de Semana Santa. Si el tiempo nos permite hacer más visitas, no dejemos de ver los Museos, los conventos de la Concepción y de San José, la iglesia de San Pedro, la ermita de Nuestra Señora de la Anunciación... y los soportales de sus calles de la Rúa Mayor de Rioseco, que son la mejor representación de la arquitectura popular de Tierra de Campos. Y como a nadie le amarga un dulce, no olvidemos probar los bollos de aceite, los panes de anís, los amarguillos y sus celebres rosquillas de palo.

Gerardo García Cuesta



Personajes macoteranos Padre Atanasio de Macotera.



Atanasio no es su nombre de pila; ni de "Macotera" es su auténtico apellido. Esta nueva identidad la recibe en el acto de toma de hábito de capuchino el tres de mayo de mil novecientos tres. Su nombre de pila es el de Francisco Generoso Sánchez Martín.

Francisco Generoso nació en Macotera el 4 de marzo de 1888, hijo de don Policarpo Sánchez Carrasco, secretario del Ayuntamiento, natural de Malpartida, y de doña

Antonia Martín Bueno, nacida en Mancera de Arriba, y hermano de don Germán, secretario del Ayuntamiento durante treinta y nueve años.

Fue ordenado sacerdote, en León, el 9 de octubre de 1913. Pasó unos años en Bilbao y se ubicó, definitivamente, en el convento de los padres Capuchinos de la calle Ramón y Cajal; unos años después de que esta Orden se hiciese con el convento (año 1900) que, desde siglo XIII, fue propiedad de los Franciscanos; por lo tanto, toda su vida religiosa, como fraile, la desarrolló plenamente en Salamanca.

Sus compañeros le recuerdan con su luenga barba y con su espontánea bondad, y subrayan, sobre todas sus cualidades, su verbo fácil y rico de mensaje espiritual. Estas cualidades innatas del padre Atanasio sembraron la admiración entre sus fieles. Sus homilias y sermones, concurren, se escuchaban con todo el respeto y le proporcionaron, en toda la ciudad, fama de gran orador y de eminente maestro. Cuando se metía en su confesonario, los penitentes se hacinaban en su entorno, ávidos de sus consejos y de sus palabras de consuelo y de ánimo ante los graves problemas que le planteaban sus feligreses. Muchos sacerdotes le tenían como su padre espiritual, tales eran sus sinceras convicciones religiosas y pastorales, que fueron siempre acompañadas del mayor de los reconocimientos.

Esta fama de excelente orador le abrió las puertas de la provincia, y muchos triduos, sermones y catequesis cuasmales fueron dirigidos por el padre Atanasio. Su pueblo natal no fue ajeno a esta proyección del padre, quien estuvo presente en numerosas fiestas, cofradías y celebraciones patronales.

Como buen macoterano, le gustaba compartir con sus paisanos, en aquellas tertulias amistosas en las que se hablaba del pueblo, de sus problemas y trabajos; en aquellas sobremesas, surgió la idea de constituir la titulada "colonia macoterana", precedente de la actual Aso-

ciación Cultural "Amigos de Macotera". Claro es que bastante más reducida, pues en 1917, serían contadas las familias macoteranas residentes en la capital de provincia; no es el caso de hoy, en que la colonia macoterana en Salamanca supera las mil trescientas cincuenta personas.

De esta grupo de macoteranos, emana la iniciativa de erigir un monumento a la memoria del cardenal García Cuesta. La presentación de esta idea en la prensa da pie a Juan Pérez a darnos un pequeño tirón de orejas. Dice Juan Pérez en El Adelanto: "A pesar de sus mudas virtudes de pastor celosísimo, de su ciencia y vasta erudición, como los atestiguan sus libros, sus oraciones y escritos en la tribuna (las Cortes) y en la prensa; a pesar de haber transcurrido ya más de un tercio de siglo después de su muerte edificante, acaecida el 14 de abril de 1873, quien es hoy día, Macotera no se ha acordado de dedicar el más mínimo recuerdo a su más preclaro hijo, sino es el recuerdo que todos sus paisanos le tienen en sus corazones. ¿No es esto una vergüenza y un olvido ignominioso? Es verdad que Macotera, no obstante, su laboriosidad agrícola e industrial, es un pueblo relativamente pobre; pero así y todo, no se puede justificar esa desidia y poco aprecio a glorificar a los varones insignes, a quienes manda honrar la misma Sagrada Escritura".

Sigue su artículo ensalzando la iniciativa de la colonia macoterana, presidida por don Gorgonio, don Antonio Blázquez, don Antonio Blázquez Madrid, don Pedro Bueno y valiente orador padre Atanasio de Macotera y recabando el apoyo y la colaboración de macoteranos y foráneos a la realización de la obra. Como hemos expresado en otros apartados, se bendijo la lápida, que figura en el frontispicio de la iglesia, el 4 de septiembre de 1918.

En la velada literaria que se celebró, por la tarde, en la plaza Mayor, intervino también el padre Atanasio. La plaza estaba inundada de público, entre el que se encontraba una buena representación de los pueblos vecinos. Su palabra se desmenuzó en un emotivo relato en el que hizo un bello repaso de las enseñanzas que aprendió de su madre al amparo de la lumbre. De ella, brotó su sincera devoción por el Cristo de las Batallas; de ella, conoció la leyenda de la Virgen de la Encina: decapitada por los moros, de su cuerpo conservado intacto y protegido por un velo y de la privación de la vista (castigo al osado), que intentó satisfacer su curiosidad; la costumbre de los jóvenes nazarenos, que llevaban la pesada y tradicional cruz el viernes santo, en agradecimiento por la intercesión del Santo Cristo, que les había librado del servicio militar o habían salido ilesos de todos los peligros de su vida de campaña.

Finaliza su participación, trenzando una hermosa semblanza del cardenal García Cuesta. Concluye con aquellos versos, que aún retumban en el recuerdo de nuestros antepasados:

En Macotera, hay tres cosas
dignas de nombre inmortal:
El Santo Cristo y la Virgen
y don Miguel el Cardenal.

La señora Ramona, la partera



Su historia comienza en 1871, fecha en que nació Ramona Salinero de San Ildefonso, y finaliza con su muerte en 1951. Su madre se llamaba Juliana y vivía enfrente de la ermita. Se encargaban de su limpieza ella y sus tres hijas, Crescencia, Mariquita y Ramona. La profesión de Ramona viene de herencia, pues su madre, con 17 años, ya era partera de Macotera y su hija Ramona, con 16, empezó a ejercer el oficio

con su madre. Se casó a los 28 años con el señor Leoncio de Salmoral, con el que tuvo tres hijos: Isidoro, Emilia y Andrés. Enviudó a los 39 años, pero volvió a casarse con Antonio el Calderón, quien, a su vez, también era viudo y padre de M^a Antonia, Miguel y Francisco, así que se juntaron seis hijos y, como se dice vulgarmente: "Tras que éramos pocos parió la burra"; y el matrimonio tuvo otros tres retoños más: Francisca, Isabel y Juliana. Los primeros hijos de la señora Ramona fueron recibidos por su madre Juliana; y los tres últimos, por su propia madre.

En casa de la señora Ramona no se cerraban las puertas ni de día ni de noche. Vivía en donde se encuentra ahora la cochera de Juan el Coñita en la plazuela de Santa Ana. En aquel entonces, la natalidad no era como en estos tiempos: en una noche, se podían asistir cuatro o cinco partos. La manera de avisar a la señora Ramona, nos puede parecer singular a los jóvenes menores de cuarenta años; en cambio, los mayores lo recordarán con toda naturalidad. Hace unos años, había en Macotera tres serenos: Pedro Luciano (que vigilaba de la plaza para arriba), Juan el Pascuito (de la farmacia al porquero) y el tío Guerras (sereno de Santa Ana). Los tres se encontraban en la plaza después de dar cada hora por el pueblo y allí iban los vecinos cuando tenían que avisar bien al médico, al practicante o a la partera. En el caso que nos toca, su nieta Ramona solía recoger los avisos en casa y, luego, ella se encargaba de notificar a los serenos donde se encontraba la abuela, asistiendo a alguna parturienta. No existía una tarifa por parto, cada una daba la voluntad, que podía ser en dinero o en especies. Recuerda su nieta Ramona que el guardia Tarifa y doña M^a Angeles (farmacia) le dieron cinco duros (todo un capital); pero lo normal era un carro de paja, un chorizo, unos manojos de leña, una cazuela de lentejas o de garbanzos, unos huevos y un cacho de tocino...

Otra de las tareas de la señora Ramona era echar una mano o las dos en los bautizos; casi todos los domingos, había siete u ocho bautizos, y la señora Ramona acompañaba a la madrina y familiares en lugar de la madre, pues era costumbre que éstas no saliesen de casa hasta los cuarenta días.

A los 77 años dejó la profesión y toma posesión la matrona titular, Paulina Cuesta.

La señora Ramona murió a los ochenta años de una pulmonía, de las siete que sufrió en su vida, tras haber pasado tanto frío y humedades por las calles del pueblo, acompañada con su inseparable farol. Muchos macoteranos recordarán que las manos de la señora Ramona le ayudaron a venir a este mundo, y esta atención primaria bien merece nuestro agradecimiento.

Ángel Blázquez Taboada

Cándida Rodero Sánchez Falleció a los cien años.



Cándida nació el 20 de agosto de 1903 y falleció el 11 de febrero de 2004. Murió, por lo tanto, a los cien años y cinco meses.

Fue hija de Gaspar Rodero y

Teresa Sánchez, y hermana de M^a Francisca. Vivió siempre en la calle Peñaranda. De soltera, trabajó en la lana en casa de los Chapillas, sus vecinos, hasta 1925, en que se casó con Jesús Blázquez *Barrorín*, oficial del Ayuntamiento. Del matrimonio nacieron cinco hijos: Enriqueta, Gaspar, Francisca, Teresa y Jesús. A los 43 años, quedó viuda y, aunque sus hijos Enriqueta y Gaspar trabajaban, no era suficiente. Ella era la encargada de pagar los subsidios a los obreros, cargo que, anteriormente, ejercía su marido y completaba la jornada trabajando en la panera lanera de Lucas el *Perines*. Se jubiló a los sesenta y cinco años. El trabajo y las cavilaciones, para sacar a la familia adelante, fueron todas sus ilusiones. Su gran bondad nos queda como herencia.

Ángel Blázquez Taboada

Nuestro paisano, Gabriel Madrid Bueno, nos envía, desde Oviedo, este poema:

QUIERO

Quiero que me oigas sin juzgarme

Quiero que opines sin aconsejarme

Quiero que confíes en mí sin exigirme

Quiero que me ayudes sin intentar decidir por mí

Quiero que me cuides sin anularme

Quiero que me mires sin proyectar tus cosas en mí

Quiero que me abracés sin axfisiarme

Quiero que me animes sin empujarme

Quiero que me sostengas sin hacerte cargo de mí

Quiero que me protejas sin mentiras

Quiero que te acerques sin invadirme

Quiero que conozcas las cosas mías

que más te disgusten

Que las aceptes

y que no pretendas cambiarlas

Quiero que sepas...

que hoy puedes contar conmigo...

Sin condiciones.

Defunciones

Cándida Rodero Sánchez, cien años, madre de Gaspar *Barrosín*.

Mateo O. Rubio Hernández, *Rubio*.

Isabel García Trigo, *Taconas*.

Teresa Flores Blázquez, *Pinta*.

Antonio Bueno Blázquez, *Maruso*.

Juan Miguel Madrid Hernández, *Hornero*.

Felicidad Guerras Hernández, *Gala*.

Juan Hernández Sánchez, *Moco*.

RINCONES MACOTERANOS



José Luis Rivero

El Redondillo

Se pueden contar con los dedos de una mano las casas de Macotera protegidas por soportales, a excepción de las casas de la plaza Mayor. En la mente guardo las imágenes de la casa del señor Valeriano y otras dos en el rincón del Redondillo. Las dos viviendas sombreadas por el soportal eran propiedad de Antonio Zaballos Bueno Perucho y Rafaela Jiménez Salinero Bizcocha, y de Juan Blázquez el Monjo y María García Blázquez. A su vera, se colocaba la casa de Cándida la Ralina y cerraba el ángulo la vivienda de Jerónimo Bueno Blázquez, Maruso.

Antonio Perucho era criado de servicio, muy buena persona, trabajador, padre de Gabriela, Francisca y Rosa; aún viven, llenas de salud, sus dos últimas mozas.

Juan el Monjo se dedicaba a la compra de pieles, de cuatro arrobas de lana y del esquila de ovino. Su mujer empleaba el día cardando e hilando al torno ovillos de lana, que, después vendía a los tejedores de costales y mantas muleras.

Cándida la Ralina se casó, en primeras nupcias, con Pedro el Chato. Pedro también vivía de la lana. Tenía la panera enfrente del tío Quintos, y su casa era la de Clara. Quebró su negocio y se vio en trance de marchar a las Américas, donde falleció. Dejó dos hijos, María y Petra. Cándida tuvo que trabajar de lo lindo: sirvió en casa de don Ángel, el cura. Cándida contrajo matrimonio, de nuevo, con Joaquín, viudo y padre de tres hijos: Rafael (murió en la guerra), Rufo y Quintín; de la pareja, nació Joaquín. Viuda, para sobrevivir, se empleó en la lana. Sacó adelante a Joaquín y a Quintín, que, mozalbete, trabajó de camarero en casa de la Conce; harta de tanto trabajo y sacrificio, emigró a Venezuela, donde residía su hija María. La casa de Cándida tenía un pozo en el portal, cubierto con una tapadera de madera. Un día negro, se movió la tapadera y cayó en él una niña, Gabriela, de cinco años. Llevaba una pandereta en la mano y, cuando la sacaron, seguía amarrada por los dedos.

Jerónimo Maruso, lanero de profesión, quien trabajó la basta para colchones junto con sus hijos. Tenían la panera en la plaza de la lecha, lindera con el encañao. Jerónimo vivía en una casa baja y de adobe, y en 1921, levantó la casa actual de ladrillo. Trabajaron en ella, como albañil, Braulio, el padre de Juan Antonio y Laureano. Cierran el rincón, lateralmente, las viviendas de Francisco Nurris y de Jesús el Pacho por un lado; y, por el otro, las casas del tío Belloto y Ramón, el de Virgilio.

Recuerdan las vecinas los grandes ratos de tertulia de la tarde, cuando, después de fregar, se reunían a coser debajo del soportal, y, ya de tarde, se bajaban a compartir la palabra a la puerta de la tía Bellota; las noches de invierno, a la luz del candil, preparaban baile al son del almirez, la badila y la llave, y a jugar a las tenacillas. Yo nunca supe de este juego: amarraban los muslos con las dos manos, en posición de sentado, y se desplazaban dando saltos a ver quien pisaba la raya el primero.

Enfrente del rincón y pasando el regato, se hallaba la casa y el huerto del tío Pitillo. La casa de Gonzalo, así se llamaba este hombre pequeño, delgadito, poca cosa, (de ahí el mote de Pitillo), estaba ubicada por bajo de la casa de los Trinques, y el huerto comprendía las casas de los Bedijas, del Mudo y Serafín.

(Doña Catalina Sendino, madre del tío Pitillo, fue maestra de niñas en Macotera. Era de San Felices de los Gallegos. Vino de soltera y se casó aquí con Juan Manuel Sánchez Campos, que fue juez de paz, cargo que desempeñó posteriormente su hijo Gonzalo (Pitillo), en sustitución de Antonio Madrid Jiménez (año 1927). Fue su madrina de bautismo doña Teresa Arroyo Rodríguez, maestra de Santiago de la Puebla y natural de Hoyos (Cáceres). Fueron hermanos de Gonzalo: Felicia, José Rafael, Antonino, Ramón Pío, Esperanza Fernando y Esperanza Segunda.

El rincón. "El Salvoconducto"

Aquel día, las campanas habían tocado a difunto. La mujer del abuelo Constante barría la puerta de la casa; en ese momento, pasó el tío Matilla.

- Matilla, ¿dónde vienes?
- Ya ves. La mi Juana murió y se dejó el salvoconducto en casa y no la han dejao pasar y vengo de llevárselo a Juan Antonio (el difunto).

El tío Matilla tenía un perro que se llamaba "viene". Un día estaba hablando con un amigo a la puerta de casa y llamó al perro: ¡¡¡Viene!!! Y el amigo le preguntó: ¿quién?

D.
 C/ nº Piso
 Localidad C.P.
 Provincia